

xicanos de que se habian apoderado, sirviéndose así del imperio, como de un medio para satisfacer sus rencores de partido: y por tanto, habian emitido su voto bajo la siguiente fórmula:

“Subsistencia del imperio en sentido absoluto.”

“Resignacion del poder si á este precio creia Maximiliano que podia afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos, creados con la ereccion del trono.”

Como se vé, aunque por distintos medios, todos iban á una conclusion idéntica, la permanencia en México de Maximiliano.

Al terminar la sesion del dia 25, entraban á Orizaba los equipajes de Maximiliano que este habia hecho que volvieran, cuando iban ya en camino para Veraacruz.

¿Qué significaba aquello? Cuando se dió la contraórden para hacer retroceder el convoy, el emperador no podia conocer el resultado de la sesion, puesto que ni aun se tomaba resolucion alguna. Y sin embargo, aquella medida revelaba que tenia ya una determinacion tomada, y que esa era quedarse.

Algunos, y entre ellos Kératry, atribuyen ese cambio en las intenciones del príncipe, á una carta de 17 de Setiembre de Eloin, y que existe inserta en la obra del escritor breton: otros hablan de una carta de la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano, en la cual le suplicaba no abdicase.

Siempre las mismas vacilaciones, los mismos actos llenos de duda, de indecision y de sombras.

Porque aun despues de conocer la oposicion de sus ministros y de sus consejeros, todavía dirigió una nueva carta á Lares, previniéndole que consultasen los consejos sobre la solucion práctica de las medidas que indicaba, antes de resolverse de conformidad con lo resuelto.

Es decir, que todavía se pronunciaba su carácter vacilante.

Quería que el consejo de Estado le propusiese una ley de convocatoria para reunir un congreso nacional, una ley hacendaria, otra de reclutamiento para el ejército, otra de colonizacion, y que le indicase además las medidas prácticas mas convenientes para terminar un arreglo con la Francia y asegurarse la buena voluntad de los Estados-Unidos.

Los ministros y los consejeros volvian á reunirse con tal motivo; pero esa junta tambien fué inútil. La comision dictaminó que no era posible formular en un tiempo tan penoso, leyes tan importantes; pero que á su tiempo se tomarian en consideracion.

Entonces habia veinte dignatarios en la junta: volvió la division entre ellos, y diez votaron en pro del dictámen y diez en contra: decidió el presidente con su voto de calidad, á favor de la comision.

Los que habian opinado por la negativa tornaron á dirigirse á Maximiliano, manifestándole que en su juicio la comision debió encargarse de proponer, aunque fuera en tésis general, las medidas prácticas del programa del gobierno, ó indicar á este al ménos el parecer de los consejeros sobre la posibilidad, oportunidad y eficacia de las medidas indicadas.

Pero todo fué inútil: el imperio perdia miserablemente las pocas horas que le quedaban de existencia.

Tornó á reunirse el consejo otra vez, y á esta sesion concurrió Maximiliano para darles las gracias por sus trabajos.

El dia 2 de Diciembre volvieron todos á México.

Las conferencias de Orizaba habian concluido: qué habia resultado de ellas?

La *Estafeta* de aquellos días lo dijo con aquel brillante estilo que sabía emplear Barres aun para sostener las peores causas. Al saberse la determinación tomada por Maximiliano de continuar en el poder, el periódico francés, órgano de la política francesa, publicó un magnífico artículo dirigido á Maximiliano, en el cual se le enseñaba el abismo adonde iba á precipitarse.—“Sire, decía Barres, no arrastreis vuestro manto imperial en el fango y en la sangre.”

Y esto era una terrible profecía: el joven austriaco, tan generoso y humanitario, trocó su cetro por la espada del aventurero, y se puso á la cabeza de una facción asumiendo la responsabilidad de cuantos delitos esta cometiera.

Maximiliano tornó á México mas tarde.

Allí, apesar de su aislamiento, pudo sorprender algo de la verdadera situación, sin el ropaje con que se la disfrazaban los que lo rodeaban.

Lo primero que pudo apreciar fué el desconcierto de los suyos.

Los desastres militares habían reducido á un número muy corto las ciudades que le pertenecían, porque conforme fueron concentrándose las fuerzas francesas, los liberales ocuparon los lugares abandonados unas veces por los imperialistas y otras conquistados por la fuerza de las armas.

Después de la derrota de Mejía, quien hacía tiempo que había llegado á la capital solo, las tropas imperiales perdieron la fé y la moral: solo Mendez sostenía en Michoacán la campaña con un poco de éxito.

Las fuerzas del gobierno constitucional, por el contrario, cada día aumentaban en número y en disciplina. Tenían la mejor de las escuelas, la de la guerra: á los franceses les tocó también sufrir la triste experiencia de ello.

En Sinaloa había hecho Corona una campaña tan larga como brillante, batiendo siempre á Lozada, y sin que pu-

dieran vencerlo jamás los franceses, hostilizándolos día á día con éxito, y obligándolos al fin á encerrarse á Mazatlán.

Lozada al fin se remontó á sus montañas de Alica, y cuando pasaban los sucesos que acabo de enarrar ya se había declarado neutral.

A la hora de la evacuación del puerto, los franceses no pudieron efectuarla sino con el permiso del general Corona. Kératry olvidó enarrar este hecho en la hoja de servicios del mariscal Bazaine, y en esa bella página militar de la retirada, como dice el correcto escritor, adonde no se lee un solo desastre.

La insurrección era, pues, terrible, y los enemigos armados del imperio pululaban por todas partes ahogando con su número á los imperiales.

Esto y la poca fé que se tenía en el porvenir, hacía que la defección aclarara de tal suerte las filas de los imperiales de pluma y bufete, que muy pronto se notó que el partido monarquista quedaba reducido á un décimo de su personal.

Todos los comprometidos que tuvieron posibilidad de escapar, se apresuraron á abandonar á su soberano, y marcharon con las primeras columnas francesas que se dirigieron á Veracruz.

Lo mismo los que habían firmado el decreto de 3 de Octubre que los que habían cometido el pecado venial de poner un escudo de nobleza en la portezuela de su carruaje ó que asistieron á un baile de palacio; todos los que se sentían con la conciencia muy manchada para presentarse á la república ó los muy pacatos, hicieron sus preparativos para irse á Europa.

Estas deserciones que Maximiliano permitió sonriéndose de compasión, lo hicieron meditar de nuevo. Esto y la carta de Eloin que le inspiró casi todo su programa de gobierno para cuando se retirara la expedición, lo hicieron volver á su idea fija de convocar un Congreso nacional.

El día 10 de Enero de 1867 hizo llamar á Bazaine á la hacienda de la Teja, adonde estaba alojado el emperador.

Kératry dá el extracto de lo que se habló en esa conferencia: de ella resultó que el día 14 se efectuase una junta en el palacio de México. A ella debieron concurrir Maximiliano y Bazaine: el primero faltó por influencias de los conservadores, que temieron vacilara el soberano y abdicase, según el consejo de Bazaine. Este leyó un informe que ya conocen mis lectores, lo mismo que la acta de toda la sesión y la votación de los treinta y ocho personajes presentes.

Allí tuvo el sentimiento el mariscal de oír que le dirijian las siguientes palabras, que en una situación análoga se habían lanzado á otro general francés que intervenía con sus tropas en Italia:—"Poco habeis hecho por la religión, muy poco por la monarquía, y absolutamente nada por vuestra honra. ¡Idos!"

—Esto no hace al caso, se limitó á contestar Bazaine, y continuó hablando de otras materias.

La mayoría votó por la permanencia del imperio con diez y siete votos, siete votaron por la abdicación y nueve se abstuvieron de emitir su juicio.

En un pueblo de siete millones de habitantes ¿qué importaba el parecer de diez y siete personajes, por más elevada que fuera su categoría social? Era esto el plebiscito que buscaba Maximiliano? ¿Podía este escrutinio, sin mayoría absoluta, tranquilizar la conciencia política del emperador, que desconfiaba ya de la legitimidad de sus títulos?

Esta inconsecuencia era lógica en un príncipe que imbuido en la religión del derecho divino andaba buscando para instituirlo el sufragio del pueblo que mandaba. Esa abjuración de los principios dinásticos lo llevó á la sala de profundis del convento de Capuchinas de Querétaro.

Por fin el día 5 de Febrero de 1867 salió Bazaine de Mé-

xico con sus tropas, acampando en los alrededores; al día siguiente emprendieron todos su marcha para Puebla.

Allí iban en el convoy infinitos emigrados mexicanos y franceses, empleados, ex-ministros, generales, propietarios, todos, en fin, los que temblaban ante la república vencedora.

Maximiliano se quedaba solo á luchar. Algunos pocos lo acompañaban á la hora de su mala fortuna, así como habían participado de su prosperidad. En esto había parte de lealtad y parte de impotencia de espatriarse por falta de recursos.

La retirada de la última columna se hizo muy lentamente.

El día 10 y 11 permaneció el mariscal en Puebla.

El 14 supo la derrota de San Jacinto, y mandó á Castagny escribiera á Danó, indicándole que insistiera en la abdicación de Maximiliano.

El día 18 llegó á Orizaba, y permaneció allí hasta terminar el mes de Febrero.

El 2 de Marzo continuó en marcha para Veracruz, embarcándose por fin el día 8 de este mes.

No olvide el lector que la legión extranjera y los belgas habían partido con los primeros cuerpos del ejército francés.

La bandera francesa se alejaba definitivamente de México. El ejército intervencionista de Napoleón III se retiraba precipitadamente por no empeñarse en un conflicto americano.

¿Qué había obtenido?—Que se pagara el crédito del suizo Jecker.

¿Qué dejaba en México?—El recuerdo de la rutura de los tratados de la Soledad; la fecha del 5 de Mayo; el suelo regado de cadáveres, y la memoria de su violación del tratado de Miramar.

El trono que debía de servir de arca de salvación á la ra-

za latina, iba á convertirse muy pronto en un cadalso, como por una mágia teatral, pero terrible en su realidad.

Maximiliano se sintió entonces soberano: ya no tenia encima ese Mefistófeles que se decia su aliado, y creyéndose ya emperador de veras, se lanzó á la lucha con un puñado de hombres.

Era la última ilusion del rey caballero; era su último sueño de gloria, del cual debia despertarlo el tañido de la campana de Capuchinas, tocando la rogativa de agonías, cuando marchara á ser fusilado.

Entretanto, la pobre loca de Miramar buscaba en las tranquilas aguas que rodeaban el castillo la imágen de su Max, cuyo nombre jamás pronunciaba, pero á quien veía acaso entre la nube sombría que ofuscaba su razon.

El ejército francés regresó á Francia sin recibir una ovacion ni una corona á su llegada. Fué la única espresion del rubor oficial, que no quiso se volviera á mencionar siquiera la empresa de México.

Habia concluido llena de mengua la obra mas grande del reinado de Napoleon III.

TERCERA PARTE.

LA REPUBLICA.

I.

El dia 13 de Febrero de 1867 salió Maximiliano de la capital de su imperio para la ciudad de Querétaro.

El número trece era de mal agüero para el archiduque: esa cifra venia presidiendo con sus líneas de fuego su fatal destino y fechando los dias tristemente memorables de su dolorosa historia.

A su lado, y con un alto carácter, iba Márquez. Ambos llevaban las mejores tropas que se pudieron organizar.

Pero faltaba el dinero, el nervio de la guerra como han dicho muchos, el alma del mundo, como digo yo.

¿Qué se habian hecho los once millones que ofreció el ministerio en las sesiones de Orizaba y México?

¿Adónde estaban los veinte y cinco millones que habia ofrecido el padre Fischer á nombre del partido clerical?

Todo aquel espejismo que habia logrado producir el par-